

peración práctica: ¿No será conveniente intentar un tipo de análisis y responsabilidades que rebasen el horizonte formado por el maestro, el libro y la escuela dentro del que habitualmente se plantean los problemas educativos en virtud de una deformación científica que pretende a ultranza la superación por el perfeccionismo de métodos y procedimientos? Porque estas confrontaciones no deben de pesar únicamente sobre los hombros de los maestros— aunque estos deban afrontarlas—; sería necesario también un grado de responsabilización y concienciación pública sólo alcanzable cuando las cosas de la educación sean discutidas y decididas públicamente. ■ F. ALMAZAN.

Los pasos de Jakob Lind

Jakov Lind es, como tantos otros, un escritor sin patria. Casi, podríamos decir, un escritor sin nombre; un rostro asombrado y fugitivo, un corazón y un cerebro desperdigados, unos ojos burlescos y nostálgicos abiertos acaso a la esperanza. Perteneciente a una familia judía, nació en Viena en 1927 y residió hasta los once años de edad en la capital austriaca. Cuando los nazis ocuparon Austria, el pequeño Lind marchó en un tren de refugiados a Holanda; allí cambió su nombre por el de Jan Overbeek. Provido de falsa documentación holandesa, regresó a Alemania, donde permaneció hasta 1945. Poco después, utilizando un nuevo nombre, Jakov Chaklan, emigró ilegalmente a Palestina. Comenzó a escribir en lengua alemana y alcanzó un sólido renombre como miembro de la vanguardia narrativa de posguerra—sus novelas «Alma de madera» y «Paisaje de cemento», publicadas por la Editorial Seix Barral en lengua castellana, obtuvieron una cier-

ta repercusión entre los lectores españoles—; recientemente abandonó el alemán como vehículo expresivo—Me disgustaba el lenguaje en que escribía; odiaba el alemán, la lengua que mejor conocía. No podía soportar ni su propio sonido. Necesitaba un nuevo lenguaje para expresar sentimientos e ideas que apenas sabía cómo formular— y empezó a manifestarse en lengua inglesa. Asimismo trasladó su residencia a Londres. Pero últimamente parece haber sustituido las brumas londinenses por la vegetación mediterránea de Deyá (Mallorca): precisamente por estos días se exhibe en los cines madrileños un cortometraje de Rovira-Beleta dedicado a las Baleares en el que aparece Jakov Lind.

Su primer intento narrativo en lengua inglesa ha sido una autobiografía: «Contando mis pasos» (1). A lo largo de sus páginas, Jakov Lind recorre tres etapas simbolizadas en otras tantas «escuelas» vitales: «Escuela de Metafísica» (la infancia vienesa, la familia, la existencia en el barrio de Goethehof), las enseñanzas en la escuela primaria, la aceptación de héroes, genios y superhombres), «Escuela de Política» (la estancia en Holanda bajo el falso nombre de Jan Overbeek, el descubrimiento de la virilidad, la persecución nazi, las huidas, el regreso a Alemania, la clara conciencia de estar asistiendo al desmoronamiento del régimen hitleriano, la ocupación aliada) y «Escuela de Alquimia» (la emigración ilegal a Palestina, la destrucción de ciertos valores tenidos hasta entonces por absolutos, la publicación del apócrifo «Diario de Hanan Edgar Malinek», la ruptura con el pasado, el deseo categórico de paz).

Jakov Lind ha reconstruido sus pasos con la

(1) Jakov Lind: «Contando mis pasos». Traducción de Jaime Frelre. Barral Editores. Barcelona, 1972.

seguridad del hombre que no cree estar dominado por un determinismo historicista. No hay en las páginas de esta singular autobiografía ningún resquemor hacia el pasado, ninguna intención programática, ningún testimonio específicamente acusatorio. «Todavía existo—ha escrito Jakov Lind al final de su obra—, por lo tanto, me muevo hacia delante, y porque estoy vivo puedo seguir viviendo para siempre». La nueva «escuela» de Jakov Lind podría denominarse «Escuela de Biología». ■ S. R. S.

El último Pinter

La Colección Teatral de «Cuadernos para el Diálogo» acaba de publicar otra de esas obras que han dado que hablar a medio mundo. Y muy recientemente, porque «Old Times», de Pinter—que ese es el texto publicado—, se estrenó en Londres en junio del 71 para ser inmediatamente traducida a numerosos idiomas y estrenada en muchos países. Si en España no se ha estrenado, supongo que será por razones «comerciales», por desconfiar del interés que pueda suscitar en el público, ya que no existen los obstáculos de otras veces, los que limitaron, por ejemplo, a sesión única «Regreso al hogar», la última obra de Pinter montada en Madrid. Luis Escobar, el adaptador y director no sólo de «Regreso al hogar», sino de las dos únicas obras de Pinter que aquí se han explotado regularmente y gozaron del favor del gran público—me refiero a «El amante» y «La colección—, es también el autor de la versión de «Old Times» que ahora comentamos.

Desde luego se trata de un texto de difícil comprensión. Es tan elemental en su superficie y está al servicio de una historia tan poco extraordinaria, que el lector puede quedarse en ayu-

nas. Flota un tono de trivialidad que, sin embargo, forma parte muy esencial del pesimismo último y la dramaticidad de Pinter. Es el subtexto de esa cotidianeidad, la descomposición de la realidad aparente, lo que a Pinter le importa. Su teatro no ha sido nunca otra cosa que la conciencia trágica de la falsedad de la apariencia anecdótica. Los personajes «se prestan» a vivir una historia acordada a la sistemática social y a las interpretaciones habituales de la realidad, pero, en verdad, debajo de esas máscaras existen entidades mucho más indefinidas de lo que la anécdota supone. En «Viejos tiempos», el elemento desintegrador es la memoria, y, por tanto, lo que se cuestiona es la idea y el sentimiento de «lo presente». No es que el pasado se evoque para trazar una línea de continuidad histórica. Es precisamente esta continuidad la que se pone en entredicho, en el sentido de que el pasado, la memoria, incide de tal modo en el presente, que a veces es más presente que lo que un observador externo o una cámara fotográfica tomarían por tal. No es que los tres personajes de «Old Times» acaben confundiendo los tiempos y revivan el pasado como si fuera presente. No, no: los tres son conscientes del momento que viven y de los recuerdos que lo condicionan, completan o transforman. Como ya ha dicho alguien, lo que importa de los hechos no es cómo fueron, sino cómo se recuerdan.

Es importante que el lector se acerque al texto con estas ideas sobre Pinter. En otro caso, corre el riesgo de perderse en la búsqueda de los valores literarios y dramáticos—situaciones, personajes— que suelen descubrirse en las obras «celebradas», como es el caso de la que nos ocupa. Tuve ocasión de ver «Old Times» en el Aldwych—no lo comenté

porque coincidió con el cierre temporal de TRIUNFO—, y recuerdo la precisión de un trabajo siempre atento a introducir el vértigo en las escenas de la vida familiar. Todo era, a la vez, amable e insondable, en un juego que conciliaba los gestos de la cotidianeidad con los silencios y los oscuros por los que se colaban los «viejos tiempos» de los personajes. La categoría última de la obra estaba en que esa presencia del pasado se convertía en tragedia, por cuanto entrañaba en el personaje una realidad ambigua y dolorosa, distinta a la imagen con que «parecía» vivir el presente.

Digamos finalmente que el volumen va precedido de un extenso trabajo sobre Pinter a cargo de Alvaro del Amo y Manuel Pérez Estremera. ■ J. M.

El existencialista cristiano

La editorial Herder ha publicado este libro reciente del padre Bernhard Häring. El libro es importante, porque profundiza en la raíz del personalismo como actitud esencialmente cristiana. Pero entiende el personalismo de una forma muy distinta a como fue frecuente en la historia del catolicismo. Los católicos se dejaron influir demasiado por las concepciones paganas acerca del mundo y del hombre. Concretamente el pensamiento de los cristianos ha sido marcado mucho más por el pensar griego que por el pensar bíblico. Esta incoherencia ha sido de graves consecuencias para el mundo y para la historia del cristianismo, porque se centró el ideal de vida de los cristianos en dos polos equivocados: 1) la evasión de las tareas terrenas, actitud que culminó en el monarquismo, y 2) en el desarrollo de una individualidad egocéntrica como ideal de perfección. Estas dos

concepciones del hombre, y de sus tareas en la sociedad humana, vienen del mundo griego. La primera—la evasión de las tareas mundanas—de las ideas de Platón. Y la segunda—el perfeccionismo individualista—se inspiró en la concepción de la persona que se desprende por un lado de Aristóteles y por otro de los estoicos.

Sin embargo, a partir del comienzo de la revolución social iniciada en el siglo pasado ante los cambios técnicos producidos por la revolución industrial, surge un socialismo ético que concibe el desarrollo de la persona humana como comunicación, convivencia y cooperación con el «otro». El «yo» no se concibe ya sino en conexión con un «tú». Esta concepción actual de la persona humana tuvo sus inicios en el Evangelio; pero desgraciadamente hasta hace siglo y medio—y no precisamente en virtud de los cristianos—surgió nuevamente la persona como ser abierto a los otros. Este es el «leit motiv» del libro del padre Häring, descubriendo que la ética del cristianismo no es una ética de la perfección propia, sino de una existencia de apertura hacia el «tú». Muy interesante es también la reflexión que hace el autor sobre la norma última de la conciencia personal, como principio fundamental de la ética cristiana. Y el estudio de una ética del *kalos*, que es siempre «una orientación dinámica dada por el ser propio más íntimo del hombre», en contraposición con el legalismo que tan frecuente ha sido en la moral cristiana. Excelentes son también sus observaciones sobre la equivocada moral de muchos cristianos y teólogos, basada en las cuatro virtudes de la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, que son fomentadas por encima de un amor dinámico y social. ■ E. MIRET MAGDALENA.